Madrid y sus mentiras en *El galán tramposo y pobre* de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo

Tania de Miguel Magro
(West Virginia University)

Cuando en 1561 Felipe II trasladó temporalmente la corte a Madrid, ésta era una población relativamente insignificante: sin catedral, sin sede episcopal, sin grandes familias nobiliarias, sin una industria sobresaliente. En 1606, Felipe III fijó definitivamente la capitalidad y, en pocos años, la villa creció exponencialmente, convirtiéndose en el corazón del imperio y en el referente artístico y literario del mundo hispano. Proliferaron allí las academias literarias y las imprentas. Fue en Madrid, además, donde surgió y se afianzó la gran revolución teatral que supuso la creación de la comedia nueva lopiana, un innovador modelo teatral –tanto desde el punto de vista literario como desde el económico– que pronto se extendió por todo el país. Ninguna otra ciudad podía ofrecer cantidad y variedad de obras que se escenificaban en Madrid. No en vano, ahí vivían los más afamados dramaturgos y actores.

Como es lógico, la vida en Madrid se trasladó pronto a las tablas, pues "esta nueva Babilonia" (122), como la llamó Calderón, era un escenario en que cabían los más variopintos personajes y podían ocurrir los más sorprendentes sucesos[1]. Si bien es cierto que, cuando pensamos en los grandes clásicos del teatro barroco (*Fuenteovejuna*, *El caballero de Olmedo*, *La vida es sueño*, *Del rey abajo ninguno*, *El desdén con el desdén*, etc.), llama la atención que la trama no se ubique en la capital del reino, si nos atenemos a una cuestión de cantidad, observamos que Madrid es el escenario fundamental en las comedias de capa y espada, en las urbanas y en las de figurón, subgéneros que priman el engaño, los malentendidos, los embozados, los fingimientos y las mentiras.

El presente artículo analiza la relevancia de la capital para el desarrollo de la trama en un texto poco estudiado de Jerónimo de Salas Barbadillo, *El galán tramposo y pobre* (h. 1620)[2]. La comedia se organiza alrededor de la figura de don Lope, un embaucador que vive a costa de los demás. Apoyado en el anonimato que le brinda Madrid, don Lope, que no tiene blanca, finge ser un indiano rico primo de dos nobles leoneses, don García y don Diego, de quienes espera sacar todo el provecho posible. A la vez seduce a doña Isabel y doña Inés, madre e hija respectivamente, con idea de casarse con la que mayor dote pueda proporcionarle. Ellas están enamoradas de don Lope, pero, por si no prospera el matrimonio, admiten los agasajos de sus primos don García y don Diego. Entre tanto don Fernando, caballero sevillano, busca vengarse de don Lope por haber mancillado el nombre de su hermana, doña Leonor. Don Fernando necesita limpiar la reputación de la muchacha para poder casarla con el hijo de un

[1] Los estudios sobre la presencia de Madrid en la literatura barroca son múltiples y los límites de este trabajo no me permiten dar siquiera un repaso a los más influyentes, pero remito al lector a una de las publicaciones más completas y actuales sobre el tema, el magnífico libro de Enrique García Santo-Tomás, *Espacio urbano y creación literaria en el Madrid de Felipe IV*. El texto rechaza la tradicional concepción de Madrid como una "estrategia propagandística" (2008a: 20) de las élites y propone ver la capital "como un ente dinámico que interviene activamente en la creación estética de este período y, en especial, en su literatura" (2008a: 20).

[2] Salas Barbadillo dio *El galán tramposo y pobre* a la prensa como parte de su extensa obra *Coronas del Parnaso y platos de las musas*, que salió a la luz en la Imprenta del Reino de Madrid en 1635, días antes de la muerte de su autor. Sabemos que Salas Barbadillo tenía la comedia ya escrita en 1620, año en que obtuvo permiso para publicar el volumen *Comedias españolas* en que debería haber aparecido con el título *El tramposo con las damas*. No obstante, el plan editorial no se llevó a cabo y el texto no fue impreso hasta 1635. En la prínceps, la comedia en sí misma recibe el título *El galán tramposo y pobre*, pero en el índice se la denomina *El tramposo con las damas*. En 1734 esta comedia se publicó en Madrid dos veces, como suelta y como parte de *Ameno jardín de comedias de los insignes autores don Antonio de Zamora, don Juan Bautista Diamante, y don Álvaro Cubillo de Aragón*; en ambos casos con el título de *El tramposo con las damas, y castigo merecido* y erróneamente atribuida a Álvaro Cubillo de Aragón.

tío navarro. Le apoya en su empresa don Rodrigo. Don Rodrigo desconoce que don Fernando es el hermano de su amada y don Fernando no sabe que don Rodrigo es el navarro con quien ya tiene apalabrado el casamiento de doña Leonor. Al final, tras todo tipo de trucos y malentendidos, se descubren los engaños y don Lope es castigado.

En esta comedia de ambientación urbana, Madrid no es, como en muchas otras, mero escenario, sino que la particular dinámica social de la urbe influye directamente en el devenir de los personajes. Madrid se presenta como un lugar peligroso en el que la astucia vale más que la verdad y afán de enriquecimiento personal se impone sobre los valores aristocráticos. Esta visión a priori negativa de Madrid y sus costumbres licenciosas guarda relación con el manido tópico clásico de la idealización del campo frente a la ciudad que se popularizó en España a partir de 1539, tras la publicación de *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* de Antonio de Guevara. *Menosprecio de corte* glorificaba la vida rural y sencilla, e invitaba a sus lectores a regresar o permanecer en el campo. A este le siguen otros textos de tono costumbrista y didáctico enfocados específicamente en el caso madrileño, tales como *Guía y avisos de forasteros que vienen a la corte* de Antonio Liñán y Verdugo, *Los peligros de Madrid* de Baptista Remiro de Navarra, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde* de Juan de Zabaleta, *Día y noche de Madrid* de Francisco Santos *Solo Madrid es corte y el cortesano en* Madrid de Alonso Núñez de Castro.

La obra de Salas Barbadillo dista en intencionalidad y tono de la de Guevara y otros tratadistas, ya que parodia tanto el cinismo y egoísmo de los habitantes de Madrid como los valores caducos de los provincianos. En *El galán tramposo y pobre*, Madrid lo inunda todo y el campo existe solo por alusiones. Por supuesto, la opinión de Salas Barbadillo era compartida por otros dramaturgos. *El galán tramposo* y pobre recrea un ambiente similar al de *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón, obra escrita por los mismos años y protagonizada también por un madrileño mentiroso. Igualmente, la idea de que los valores aristocráticos ya sólo existen en el campo y no operan en las grandes ciudades es central en textos tales como *El burlador de Sevilla*. Lo que resalta en Salas Barbadillo es la insistencia con la que repite el tópico a lo largo de toda su producción y el modo explícito en que hace de Madrid un espacio a la vez corrupto y lleno de oportunidades que marca a todos los que pasan por la ciudad. Así, por ejemplo, en el entremés *Las aventureras de Madrid* incluido en *Fiestas de la boda de la incasable malcasada*, Salas Barbadillo describe Madrid como una "corte tragona de mayorazgos y arrastradora de príncipes" (241) en la que aquellos que se olvidan de los melindres del honor y se sirven de su ingenio pueden vivir mejor que en ningún otro lado. En este entremés, como en *El galán tramposo y pobre*, encontramos la figura del provinciano recién llegado a la capital que queda asombrado por la facilidad que los lugareños tienen para mentir y aprovecharse de los demás. Aún más conocido es el caso de la novela de Salas *El caballero puntual*.

Si en Guevara la confrontación campo / ciudad tiene un trasfondo moral (el campo es virtuoso y la ciudad corrupta), Salas concibe la diferencia entre ambos espacios a tenor de la capacidad sus habitantes a adaptarse a las normas de convivencia de una sociedad cambiante en la que el dinero ha transformado las relaciones interpersonales y trastocado las jerarquías. Madrid, con todas sus tachas, es el indudable centro neurálgico desde el que se maneja el devenir de todos los españoles. Por eso todos los personajes de la comedia necesitan acudir a la capital para lograr aquello que ansían, ya sea esto una venganza, un nombramiento, una herencia o un matrimonio ventajoso. En la corte deben aprender a lidiar con la picaresca de los lugareños, porque, si permanecen aferrados a prácticas propias de una sociedad feudal pre-capitalista, se convierten en presa fácil de los embaucadores.

En sus obras, Salas Barbadillo retrató Madrid como alguien que conocía bien sus peligros, dirigiéndose a un público que tampoco era ajeno a ellos. Salas Barbadillo nació, vivió y murió en Madrid, ausentándose de la urbe tan solo por sus estudios en la Universidad de

Alcalá (1594 a 1598), durante los años en que acompañó a su padre a Valladolid al trasladarse allí la corte (1601-1606) y en los dos breves periodos en que fue desterrado (entre 1609 y 1612). Fue en Madrid donde desarrolló su carrera literaria y donde publicó todas sus obras, con excepción de *La hija de la Celestina*. Salas Barbadillo participó activamente en los círculos literarios de la corte. Fue cofundador de la Hermandad de los Esclavos del Santísimo Sacramento, que reunió a lo más granado de las esferas literarias de la capital, y miembro de la Academia de Saldaña, donde se codeó con Lope de Vega, Cervantes, Quevedo, Castillo Solórzano, Montalbán, Vélez de Guevara y otros muchos. Su biografía nos hace dilucidar que los bajos fondos capitalinos que tan a menudo aparecen perfilados en sus textos no debieron serle extraños, pues, como indica Enrique García Santo Tomás, vivió "una existencia bohemia en la cual no faltan tampoco episodios escandalosos" (2008b:14).

El galán tramposo y pobre emplea dos técnicas fundamentales para lograr que el espacio —Madrid— sea un componente clave para el desarrollo de la trama. En primer lugar, Salas Barbadillo quiere que sus espectadores no olviden el emplazamiento de la acción. La palabra "Madrid" aparece trece veces[3] y "corte" (o "cortesano/a"), catorce. Se nombran además lugares concretos, como la calle Mayor, el Paseo del Prado, la calle del Río y las iglesias de Atocha y La Trinidad[4]. En segundo lugar, se aprecia un claro contraste entre los personajes que habitan en Madrid (don Lope, doña Inés, doña Isabel, el gracioso Mondego y la esclava berberisca Marina) frente a los recién llegados de provincias o que nunca han visitado la corte (don García, don Diego, don Fernando, don Rodrigo y doña Leonor). Los madrileños se caracterizan por su astucia y pragmatismo, y anteponen el interés personal a la lealtad. Los provincianos, por su parte, son excesivamente confiados. Les mueve el honor y no dudan en hacer lo necesario para proteger a sus amigos y familiares, lo que les pone en una posición vulnerable.

El contraste entre unos y otros y la supuesta superioridad moral de los verdaderos nobles frente al parásito don Lope se va resquebrajando según avanza la trama. Pronto descubrimos que todos buscan en Madrid su oportunidad para medrar. Don Rodrigo aspira a que el rey reconozca sus servicios en América y le honre con una cruz militar. Don Fernando quiere matar a don Lope para que su hermana pueda casarse con un pariente claramente más rico que ellos. Doña Inés y doña Isabel ocultan que tienen cada una dos pretendientes para asegurarse un matrimonio ventajoso. Don Diego quiere casarse con su prima doña Isabel para evitar un pleito por un mayorazgo de 7000 escudos. Para presionarla, ha impulsado el matrimonio entre la joven y bella hija de ésta (que tiene una renta modesta) y su rico hermano mayor, el anciano don García. Es decir, en el fondo don Lope se parece mucho a sus víctimas.

Exceptuando a los criados, ninguno de los personajes parece tener ocupación alguna y todos, de algún modo, esperan medrar en la capital aprovechándose de la fortuna de otros. Se refleja así, en clave burlesca, un Madrid que era, en palabras de Ignacio Lozón Urueña, "una ciudad parasitaria, que consumía, pero no producía" (52) y que "vivió sobre todo de la riqueza de la monarquía" (2004, 52). De hecho, según este historiador, "parece plausible que más del 60% de los madrileños viviera de manera absolutamente improductiva; o lo que es lo mismo, de cada tres madrileños, sólo uno, o poco más, producía bienes de consumo" (93).

El que los cuatro varones nobles de la comedia tengan que asentarse temporalmente en Madrid para resolver sus negocios y consecuentemente mejorar su posición es un reflejo del

[3] Compárese este número con el de otras famosas comedias urbanas que también se desarrollan en la capital. La palabra "Madrid" aparece cuatro veces en *La dama duende* de Calderón, en *No puede ser el guardar una mujer* de Moreto y en *Los empeños de una casa* de Sor Juana, mientras que en *No hay burlas con el amor* de Calderón y en *El amor al uso* de Antonio de Solís se nombra en solo dos ocasiones.

[4] Este tipo de detalles sobre la topografía madrileña es común en la obra de Salas Barbadillo. María Teresa Barbadillo de la Fuente (1993) llegó a identificar en su producción un total de 47 locaciones específicas de la capital.

movimiento migratorio hacia la capital que se estaba produciendo en aquellos momentos y que aumentaría exponencialmente en décadas sucesivas. El establecimiento de la corte en Madrid atrajo inmediatamente a nobles, clérigos y miembros de la administración. Esto, a su vez, sirvió de reclamo a otros muchos que, llegados sobre todo de distintos puntos del reino de Castilla, ansiaban obtener amparo o empleo al servicio de algún poderoso. Madrid tuvo que absorber grandes masas de población empobrecida para quienes, simplemente, no había puestos suficientes, lo que llevó a la aparición de grandes bolsas de pobreza y un aumento progresivo de la criminalidad. Se abrió una brecha sustancial entre ricos y pobres, pues una urbe que carecía de medios de producción o una red financiera propia difícilmente podía contribuir a la creación de una clase media amplia y estable.

En la sociedad que aparece reflejada en *El galán tramposo y pobre* (y en la mayoría de comedias de figurón) no hay un término medio entre el noble y el criado. Don Lope, astuto mas de baja cuna, no tiene un espacio propio. A la luz de las dificultades y desigualdades económicas que le rodean, don Lope considera el engaño como el único camino viable para aquellos que nacen fuera de los círculos de poder. Bajo mi punto de vista, no es un personaje maniqueo, "el extremo de galán degradado y ruin … que ofrece toda una gama de prácticas deshonrosas" (113) como lo definió Ignacio Arellano, sino un producto de su entorno y sus circunstancias. Ciertamente carece de moral y tiene reparo en mancillar el buen nombre de cualquier dama en beneficio propio, pero no es un mentiroso compulsivo, como el protagonista de *La verdad sospechosa*, ni actúa por simple maldad. Es un pícaro que quiere vivir lo mejor posible en un ambiente que no ofrece mayores posibilidades a un don nadie como él. Por eso, nos cae simpático. Don Lope puede parecer un villano en las primeras escenas, pero cuando está a punto de perderlo todo, nos desvela su lado más humano. Deja de fanfarronear sobre lo bien que se le da burlarse de los demás, para explicar su drama personal.

> En un rico casamiento
> y que tenga calidad
> pongo mi felicidad.
> ¡Bien honrado pensamiento!
> Y este le he de conseguir
> buscando aun los viles medios,
> que no ha de escusar remedios
> quien no se quiere morir. (302)[5]

Estas palabras no las dice intentando engañar a nadie o suavizar el corazón de algún noble, sino que las dirige a su único confidente, su criado Mondego.

Don Lope, sabedor de las ventajas que otorga tener un apellido y buenos contactos, se busca la vida fingiendo ser noble. En Madrid le resulta relativamente fácil forjarse una identidad ficticia, porque la ciudad está llena de forasteros y, como se repite continuamente en la literatura de la época, allí nadie conoce a nadie. En el resto de las ciudades españolas, existía una nobleza autóctona de rancio abolengo y era más fácil trazar las dinastías, pero Madrid contaba con un alto porcentaje de población itinerante. Consecuentemente, se hacía fundamental proyectar la posición social mediante muestras externas tales como el ropaje o la exhibición de contactos personales y riqueza. La necesidad de mantener una apariencia acorde a la identidad de cada uno para marcar con claridad la separación entre distintos grupos sociales era tan necesaria como peligrosa, pues, tal y como nos recuerdan una y otra vez los autores barrocos, abría la puerta al engaño y la usurpación. La promulgación de leyes suntuarias

[5] Todas las citas de la comedia proceden de la prínceps, pero han sido modernizadas ortografía y puntuación. Se indica entre paréntesis el folio.

responde precisamente al deseo de hacer visibles las diferencias de estatus y a la preocupación que existía entre los grupos privilegiados de ser infiltrados por individuos que parecían ser lo que no eran[6].

Tal y como confiesa don García, él está convencido de que don Lope es su primo porque viste y actúa como si lo fuera.

> Verle andar con principal
> gente y en traje decente,
> me hace pensar que es pariente
> mío. (282)

Don Lope, embaucador consumado, no se limita a vestir como noble, sino que falsifica cartas de presentación. Para convencer a don García de que es un hombre rico, se ofrece a hospedarle en su lujosa casa mientras éste se encuentre en la capital. La posesión de un gran inmueble en la capital era muestra indiscutible de tener riqueza, pues adquirir una propiedad en la capital no era barato. Con el traslado de la corte a Madrid, una ciudad que no contaba con la infraestructura necesaria para albergar un crecimiento exponencial de la población, se produjo una auténtica burbuja inmobiliaria. Los precios tanto de venta como de alquiler se dispararon porque la oferta de vivienda era insuficiente. En 1620 había en Madrid un total de 9439 casas (Lozón Ureña, 45) para una población que superaba con creces los cien mil habitantes[7].

Por supuesto, el pícaro no es dueño de ninguna propiedad ni puede permitirse alquilar un espacio digno de la alcurnia que quiere aparentar, así que diseña una treta que lo aparente. Apostado a la puerta de una casa de postín, don Lope espera a que se acerque don García y regaña a su criado por haber alquilado unas estancias en las que acababa de morir un hombre de peste. La puesta en escena funciona de maravilla, y don García se compromete a ser él quien hospede a don Lope, aunque lo único que puede ofrecer es llevarle a la posada "humilde" pero "aliñada" en que se alojan sus criados. Eso sí, con el plan de más adelante buscar estancias con "más pompa y autoridad" (255), es decir, más acordes a su posición social.

La supuesta casa de don Lope proyecta un espejismo no sólo sobre su riqueza sino sobre su propio estado nobiliario, pues el hogar para un noble es mucho más que el lugar en el que duerme; es la imagen de su esencia. El tipo de noble rural (de los montes de León) que representa don García normalmente vivía en sus posesiones. Su hogar era centro desde el que dirigía y controlaba la riqueza material y humana que albergaba su territorio. Ante la dificultad de encontrar una vivienda adecuada, es lógico que don García y don Diego hubieran aceptado inicialmente alojarse en casa de quien ellos creen es un rico pariente. La inexistente casa de don Lope les proporcionaría protección y les permitiría conservar su ritmo de vida. Quedarse en la casa de quien ellos imaginan es un hombre reputado de la capital, les hubiera servido además de carta de presentación en la corte. Al verse forzados a mudarse a una pensión para criados, los nobles quedan en una situación vulnerable. Frente a su hogar en León o la supuesta casa de don Lope, espacios privados y teóricamente infranqueables, la posada es un establecimiento semipúblico que funciona como un microcosmos de la propia ciudad. Cualquiera, sin importar su origen, puede entrar y salir. Así, por ejemplo, los propios don García y don Diego dejarán que don Rodrigo y don Fernando, a quienes no conocen, se queden solos en sus aposentos mientras ellos acuden a misa.

[6] Sobre el tema de los usurpadores de identidad y su reflejo en la literatura del XVII, véanse los trabajos de Barbara Fuschs (2003) y Christina H. Lee (2016).

[7] Para las estimaciones sobre el número de habitantes de Madrid a lo largo del siglo XVII, véanse los estudios demográficos de Lozón Ureña (2004), Reingrose (1969), Domínguez Ortiz (1995) y Vicens Vives (1957).

El truco de la casa apestada sirve además para introducir una imagen que se repetirá a lo largo del texto: la de que Madrid es una ciudad enferma. Don García cree haberse librado un posible contagio, sin ser consciente de que lo que está haciendo es meter en su casa al portador de la verdadera enfermedad madrileña, la mentira. Como explica Mondego, todas las paredes de Madrid están "apestadas" (255) por las mentiras que en ellas se encierran. Metafóricamente, las mentiras de Madrid son una enfermedad que contagia y debilita a los ingenuos forasteros que carecen de la picardía necesaria para navegar los engaños que se les van presentando. Las consecuencias del mal de Madrid son, obviamente, económicas. Como bien indica Mondego, don García "Verá su hacienda comida / del cáncer del hospedaje" (257).

Los nobles provincianos son especialmente susceptibles a la peste madrileña porque sus valores –su apego al honor y la reputación— les debilita. Mondego lo explica así en unas palabras a su amo:

> Bien haces en no tratar
> con el honor melindroso,
> que es un enfermo achacoso
> que siempre se ha de guardar.
> Cualquiera soplo le hiere
> de la fama. ¿A quién no enfada
> cosa que es tan delicada
> que de un ventecillo muere? (256)

Mientras que los engaños de Madrid son descritos como una peste —es decir, una plaga incontrolable, viva, activa—, el honor es un enfermo achacoso, una víctima a punto de morir.

Desde la primera escena y hasta la resolución final del conflicto, se observa en la obra un enfrentamiento entre dos modos de lidiar con la realidad. Por un lado, encontramos la perspectiva práctica y moderna de los madrileños (don Lope, Mondego, Marina, doña Isabel y doña Inés), quienes se mueven por el interés y el placer personal. Frente a ellos se sitúan los nobles provincianos, quienes comparten una ética basada en el honor, la sangre y la amistad. Pero más importante que la diferencia de perspectiva está el hecho de que los madrileños son capaces de operar dentro de dos códigos sociales (uno aristocrático y otro proto-capitalista), mientras que los nobles provincianos no ven la motivación que se esconde tras las acciones de los madrileños. Los madrileños saben que pueden manipular a los provincianos haciendo uso de aquello que les debilita, su preocupación por el honor. Así, por ejemplo, cuando don Lope agradece al criado de don García el ofrecimiento que su amo ha hecho de hospedarle, emplea la retórica del honor que don García espera escuchar de quién considera su igual:

> Nuestra amistad verdadera
> sobre la intención se funda.
> Hoy don García me ha preso
> con nuevas obligaciones. (256)

Acto seguido, ya solos, don Lope y su criado se ríen de lo fácil que ha resultado engañar a don García. Dice Mondego:

> ¡Jesús, qué buen caballero
> es el *monsiur* leonés!
> ¡Qué blando y fácil! ¿No ves
> que el león se hace cordero?
> Juzgará en su fantasía

el hidalgote enfadoso
que es acto caballeroso
este de la hospedería.
y por ser muy caballero
(no de su bolsa sin daño),
tendrá en Madrid todo el año
oficio de mesonero. (256)

En múltiples ocasiones don Lope engañará a don Diego y don García valiéndose de su preocupación por el honor. Con una sola frase, por ejemplo, les hará creer que sus primas se acuestan con otros hombres y ellos, desesperados, llegarán a plantearse suicidarse.

Los madrileños de Salas Barbadillo encarnan uno de los valores más propios de la modernidad, el individualismo. Mientras que los aristócratas provincianos se ven a sí mismos como integrantes de una colectividad cuyos privilegios debían defender y por ellos se ayudan mutuamente, los madrileños carecen de lo que hoy llamaríamos conciencia de clase. Al contrario de lo que cabría esperar, la crisis económica y social que se agravó en España en el XVII no desembocó en rebeliones de los más desfavorecidos o en el desarrollo de una conciencia de grupal, ni siquiera entre la burguesía, sino, como explica Lozón Urueña en "la consolidación de un individualismo primario, egoísta que … buscó la propia redención siguiendo el único modelo que deslumbraba: el de la nobleza" (24). Don Lope no pretende derrocar el sistema nobiliario, sino abandonar el grupo de los desheredados para disfrutar de los privilegios de la minoría. Marina es leal al que más dinero le ofrezca. Doña Inés y doña Isabel compiten entre sí por la atención de don Lope y se desprestigian mutuamente en la batalla por lograr su atención. Se ven la una a la otra como enemigas en la empresa individual de conseguir un matrimonio ventajoso. Ellas son nobles y, consecuentemente, nunca critican directamente de los valores nobiliarios o del concepto del honor, pero comprenden que el poder económico es lo verdaderamente importante para triunfar en su medio, Madrid. Sus actos (tener varios pretendientes, insultarse mutuamente, mentirse entre sí) demuestran que el honor y la reputación son cuestiones que les preocupan mucho menos que su propio beneficio y satisfacción. Dicho de otro modo, las dos damas se aprovechan de las ventajas que le confiere su posición.

Si hay algo que claramente muestra que la mentalidad capitalista madrileña encarnada en don Lope es el hecho de que, en el fondo, los títulos no le importan. Lo único que busca es dinero y en esto se diferencia sustancialmente del verdadero indiano. El indiano rico en busca de esposa noble no era simplemente un personaje de ficción. En la España del XVII, un indiano acaudalado podía proporcionar estabilidad económica a la familia de su esposa y a cambio obtener un ansiado título. Este tipo de indiano valora el prestigio y reconocimiento social por encima de la riqueza. La nobleza es para él un fin en sí mismo. Sacrifica la posibilidad de un mayor enriquecimiento en el momento en que obtiene un título y, por tanto, se ve forzado a abandonar sus negocios y vivir de las rentas. No obstante, don Lope no un verdadero indiano. No quiere casar con la mujer de más alto título, sino con la más rica. Por eso corteja a la vez a doña Inés y doña Isabel y dilata la boda hasta saber la resolución del pleito por un sustancial mayorazgo entre doña Isabel y don Diego. De salir esta vencedora, la escogerá como esposa y, si no, se casará con la hija, que no es tan rica, pero tiene una renta saneada.

Doña Inés y doña Isabel caen en la red del seductor precisamente porque, como madrileñas, se dejan llevar por el aura de riqueza que él intencionalmente proyecta. Doña Inés, por ejemplo, está segura de que su madre aprobará su compromiso con don Lope porque él podrá aportar fortuna a la familia: "conociendo que a don Lope adoro, / la pusiera ambición tanto tesoro" (288). Ninguna de las dos menciona, sin embargo, sentirse atraída por la virtud o nobleza del galán, como sería de esperar en una dama de comedia.

A pesar de que ambas están enamoradas de don Lope, madre e hija son madrileñas y, por tanto, prácticas. Conocedoras de las artimañas de sus convecinos y de la posibilidad de ser engañadas, las dos mantienen el noviazgo con sus primos y les dan largas mientras aseguran el matrimonio con don Lope, al que las dos claramente prefieren. Los nobles provincianos, sin embargo, son menos precavidos y ponen todas sus esperanzas en un único plan matrimonial. Además de los amoríos con don Lope y sus primos, sabemos que doña Inés y doña Isabel intentaron anteriormente emparentar con la alta nobleza, con un conde y un marqués extranjeros que desaparecieron de la capital, según parece, porque ellas les despreciaron. En la comedia nunca llegamos a descubrir qué ocurrió exactamente con ellos. ¿Por qué iban estas mujeres a desdeñar a unos nobles de título en favor de sus primos, que son simplemente hidalgos? ¿Por qué abandonaron ellos Madrid cuando ellas no les admitieron? ¿Qué hacía un conde y un marqués cortejando a unas damas inferiores a su condición? ¿Quizás eran ellos también nobles fingidos? Al quedar sin respuesta estas preguntas, se enfatiza la idea de que Madrid hay una gran población itinerante de individuos cuya verdadera identidad e intenciones es difícil de conocer.

Don Lope sabe que, como él, doña Isabel y doña Inés están jugando a dos cartas y decide eliminar a sus oponentes. Urde un plan que, una vez más, se basa en su superior conocimiento sobre lo que ocurre en Madrid y que aprovecha la obsesión que los leoneses tienen con el honor. Don Lope, sabedor de los rumores que circulan por la capital sobre los pasados amoríos de las dos damas, convence a don Diego y don García de que sus primas les engañan. Para los dos hermanos es fácil creer las acusaciones de su "pariente" don Lope. Después de todo, como ellos mismos indican, liviandad e inconsistencia son rasgos comunes de las mujeres que se desenvuelven en el ambiente de inmoralidad de la corte. Don García, que hace el papel de barba y que es quien más fuertemente sostiene los valores aristocráticos, se siente especialmente traicionado por su prometida. Recrimina a su prima la infidelidad diciendo: "sois cortesana / y estáis en el proceder / de la corte puntual" (305). Doña Isabel y su hija intentan defender su inocencia, pero él ya no las cree y exclama airado: "¿Qué esto se sufre en Madrid?" (306). Doña Inés responde "Esto siempre lo veréis" (306). Doña Inés sostiene que no se acostó con otro hombre, pero está de acuerdo con su primo en que este tipo de engaños es algo común en la capital.

La supuesta deslealtad de las mujeres lleva a don García a darse cuenta de la gran brecha que existe entre su concepción sobre cómo deben funcionar las relaciones sociales y cómo estas operan en la corte. Tras pasar únicamente diez días en la capital, don García comprende que las costumbres de Madrid son contrarias a sus valores, pero que no puede oponerse públicamente a ellas. El barba toma consciencia de que sus valores aristocráticos son inútiles en Madrid y que no tiene más remedio que aceptar las nuevas ideas, aun cuando no esté de acuerdo con ellas, porque Madrid es la sede de la Corte y por lo tanto, quizás podamos extrapolar, reflejo de la voluntad real.

DON GARCÍA. En Madrid se sufre todo.
DON DIEGO. Yo en todas partes soy muy mal sufrido.
DON GARCÍA. Yo en la corte a su estilo me acomodo;
que no me toca a mí fabricar leyes
a los ojos sagrados de los reyes. (300)

Don Diego, quizás por su juventud, se percata mejor de los engaños de Madrid que su hermano. Así por ejemplo, sospecha desde el primer momento que don Lope no es quien dice ser y se enfada cuando su hermano le dice que no hizo ninguna averiguación sobre su identidad. Don Diego es consciente de que Madrid es el futuro y que, por tanto, si desea triunfar, deberá aprender a vivir como un madrileño.

Que no es culpado
Madrid; tú sí, que has dejado
tus esperanzas burlar.
Que a ningún lugar debemos
más, si somos ingeniosos,
pues contra los cautelosos
de ellos mismos aprendemos.
Con que así, en los mismos daños,
los remedios nos previene,
porque en sus engaños tiene
escuela de desengaños.
La corte es la verdadera
clase: ilustra entendimientos. (304)

Don García acepta que su hermano lleva razón, pero él no está dispuesto a someterse a los nuevos usos capitalinos y, por eso, quiere volver al campo lo antes posible.

¡Oh corte, toda aparato,
fábula y ostentación,
prevenida en la invención
y cautelosa en el trato!
Dos días no pienso estar
en Madrid.
[…]
Sea ilustre y generosa;
que yo hallo más ganancia
en mi sincera ignorancia
que en su malicia ingeniosa.
Al fin me quiero partir
a una amena soledad,
donde sonora verdad
pienso a las aves oír. (305)

La general sensación de que Madrid es un lugar confuso y peligroso que permite el triunfo de personajes como don Lope se ve ampliada por la contraposición de la capital a la otra gran ciudad española del momento, Sevilla, de donde don Lope tuvo que huir tras otro intento fallido de emparentar con la nobleza. Frente a Madrid, Sevilla aparece descrita como un lugar tranquilo y lleno de riqueza.

De Sevilla llegan don Fernando y don Rodrigo. Don Rodrigo es todo lo que don Lope pretende ser, un verdadero indiano que ha navegado a Méjico tres veces, aunque, como él mismo puntualiza, no lo ha hecho por codicia, pues es un hombre honrado "de los más buenos" (277) de Navarra. Don Rodrigo se encuentra en Madrid porque lo reclamó el rey, no por voluntad propia, y allí lleva seis meses a la espera de que el monarca le haga: "Merced de la roja insignia /portada de ilustres pechos" (277). Don Rodrigo, por tanto, es un caballero sin tacha, rico y noble, por lo que resulta lógico que no se sienta atraído por las diversiones que le ofrece la capital:

Que aunque muchos cortesanos
me califican por necio,
la calle Mayor y el Prado

(teatros tan lisonjeros
que halla el rey de los sentidos
dulce suspensión en ellos)
con diligencias extrañas
huyo, excuso y aborrezco. (278)

En Sevilla, don Rodrigo se enamoró en Sevilla de doña Leonor, quien representa el tipo de dama perfecta que no existe en la capital. Doña Leonor es un personaje idealizado a quien conocemos solo a través de lo que de ella nos cuentan su novio y su hermano, ya que no aparece en escena. La pureza de doña Leonor viene apoyada por el hecho de que nunca ha pisado Madrid. Don Lope había intentado seducir a doña Leonor y, ante la negativa de ella, hizo correr bulos que dañaron su reputación. Cuando don Lope se enteró que la familia de doña Leonor andaba buscándole para castigarle, huyó al mejor escondite posible, Madrid.

Para el dramaturgo, Madrid es una red compleja en que la verdad y la mentira, la esencia y la apariencia, operan al mismo nivel. Madrid es un teatro en que los madrileños actúan, y lo hacen con tal destreza que pueden convertir la mentira en verdad. Para el madrileño, la mentira y el engaño no son intrínsecamente negativos, sino meros instrumentos de supervivencia. Don Lope no considera sus mentiras una inmoralidad, sino una necesidad.

MONDEGO. ¿Al fin das en proseguir
este engaño?
DON LOPE. No es engaño
si de mi pobreza el daño
quiero con alas huir. (301)

En realidad, no son solo madrileños quienes mienten en esta comedia. Todos los personajes en algún momento fingen ser otra persona o inventan una historia en su provecho. La razón por la que cada uno de ellos miente es lo que diferencia a los madrileños de los provincianos. Don Lope, Mondego, doña Inés, doña Isabel y Marina mienten para lograr su propio beneficio, mientras don Rodrigo, don García, don Fernando y don Diego lo hacen para proteger su reputación o la de sus allegados. Más aún, parece que estos cuatro provincianos solo empiezan a urdir mentiras cuando llegan a la capital, es decir, se contagian de la enfermedad madrileña del engaño.

El juicio moral que pueda caer en determinados momentos sobre la figura de don Lope queda minimizado por las alabanzas continuas de Mondego y Marina. Ellos valoran el potencial de su capacidad para urdir farsas. Marina y Mondego, que como don Lope no tienen apellido ni dinero, comprenden que el código (in)moral de éste es el apropiado en una naciente urbe capitalista. Los que no tienen una reputación que mantener están dispuestos a hacer lo que sea para sobrevivir, pues, como muy bien sabe la esclava Marina: "no hay cosa tan perfeta, / que, en llegando a ser vendible, / no tenga precio" (285).

Don Lope, con todos sus defectos, es el héroe urbano, paladín del individualismo y la modernidad. Podría argüirse aquí que su filosofía vital queda aniquilada con el castigo que se le impone en la última escena, que los nobles provincianos limpian la corrupción de Madrid haciendo que la verdad se imponga. No obstante, propongo que el final es, como el resto de la obra, mucho más ambiguo. Como era de esperar, las mentiras de don Lope salen a relucir. Doña Inés y doña Isabel se casan con sus primos y don Fernando entrega la mano de su hermana a don Diego. Don García, amparándose en la autoridad que le confiere su mayor edad, ruega a los demás: "Dejad puesto en mis manos / el castigo de este hombre" (309). Don Rodrigo pide la cabeza del pícaro, "¡Vive Dios, que ha de morir" (310), y Mondego se teme lo

peor, "Vive Dios, que nos espera / Gentil borrasca de palos" (310). Mas don García opta por un castigo singular:

> Tu culpa fue pretender
> casamiento rico y alto.
> Y así, yo te doy la pena
> con el más pobre y más bajo. (310)

Don García perdona la vida de don Lope a cambio de que se case con la esclava Marina.

Don García, desde su propio referente moral, considera que el castigo se ajusta al crimen. Para su mentalidad aristocrática y provinciana, no hay nada peor que verse obligado a casarse con una esclava recién liberada. Para la audiencia, que durante tres actos ha observado las dinámicas de la capital, no queda tan claro que el castigo sea tan severo como don García piensa. Efectivamente, Marina no tiene dinero, que era lo que buscaba don Lope, pero sí las habilidades necesarias para conseguirlo. Don Lope y Marina son la perfecta pareja de timadores. A lo largo del texto se ha descrito a Marina como una mujer bella e inteligente. Ella ha sido capaz de sacar dinero de todo el que se cruzó en su camino, incluyendo el propio don Lope. Es fácil suponer que, tras la última escena, don Lope y Marina, solos o en pareja, volverán a perderse entre la multitud en busca de nuevos incautos a quienes desplumar.

La mirada agridulce de Salas Barbadillo hacia Madrid puede resumirse en las palabras pronuncia don Diego al descubrir que don Lope es un mentiroso:

> Supe que este don Lope es embustero,
> y que en la corte
> […]
> al fin es caballero permitido.
> […]
> Que aquí tal vez se premian osadías
> y son las libertades bizarrías. (299)

Salas Barbadillo se mofa del Madrid que ve a su alrededor, pero sin mayor ansia de reforma. Disiento en esto de los críticos que han leído a nuestro autor como moralista. Francisco A. Cauz afirma que "Salas Barbadillo asume primordialmente el papel de fustigador y reformador de la sociedad española, convirtiéndose en un escritor que hoy en día calificaríamos de comprometido" (67). Creo que la obra de Salas Barbadillo se acerca más a la sátira costumbrista, como ya han indicado otros críticos tales como María Teresa Barbadillo de la Fuente (239), Armine Manukyan (14) y Manuel Piqueras Flores (461).

Es más, no veo en Salas Barbadillo un afán anticapitalista. Para él, el dinero no es en sí mismo negativo. Más que un rechazo frontal, como el de Francisco de Quevedo, lo que encontramos en Salas Barbadillo es la aceptación de una realidad social y económica que ya se ha apoderado de la vida en la capital. La España del momento atravesaba continuas crisis financieras que afectaron muy directamente Madrid, pues al carecer de una suficiente producción agrícola o ganadera, no podía autoabastecerse, lo que la hizo especialmente sensible a la inflación. Como demuestra el devenir de los distintos personajes de *El galán tramposo y pobre*, Madrid era inestable, pero era el lugar en que uno podía, con suerte e inteligencia, intentar al menos mejorar su posición. Salas Barbadillo había vivido en su persona la volatilidad de la economía del momento. Sus orígenes no distaban demasiado de los de los nobles provincianos de su comedia. Como indica Manukyan, "al parecer procedía de una familia de sangre limpia, con raíces en Castilla la Vieja, Andalucía y La Mancha" (49). Su madre, María de Porras, pertenecía a una familia acaudalada y su padre, Diego de Salas

Barbadillo, ocupaba un cargo oficial: agente de negocios de Nueva España. Además, el matrimonio contaba con varias casas en propiedad en la Morería Vieja de Madrid. Tras la muerte de su padre en 1603, Jerónimo de Salas se puso al frente de los negocios familiares y las cosas empezaron a no ir bien. Sus deudas fueron en aumento y la familia perdió las propiedades madrileñas.

Salas Barbadillo estaba escribiendo para un público urbano al que el ambiente de *El galán tramposo y pobre* le resultaría familiar. Los personajes son imposibles parodias caricaturescas, pero el espacio en el que se mueven y el modo en el que este espacio influye en su devenir son creíbles. Para Salas Barbadillo, Madrid alberga la continua lucha entre individuos cuyos principios morales, deseos y necesidades son a menudo incompatibles. La derrota particular de don Lope, no implica la limpieza simbólica de los males de la ciudad, pues el protagonista no es sino uno de los muchos embaucadores que allí habitan. Su caída no desestabiliza el sistema que hace posible la existencia de personajes que, como él, viven a costa de los demás. Pero es que, además, la obra se cierra sin desvelar la verdadera identidad del protagonista. Don Lope consigue que su ficción se imponga, la audiencia y los demás personajes sabemos que no es quién dice ser, pero eso es todo.

Obras citadas

Arellano, Ignacio. "La generalización del agente cómico en la comedia de capa y espada." *Criticón* 60 (1994): 103-128.

Arredondo, María Soledad. "¿El cortesano o los cortesanos? Algunos ejemplos literarios en el Madrid del siglo XVII." *Librosdelacorte.es* 23:13 (2021): 154-163.

Barbadillo de la Fuente, María Teresa. "Madrid en la obra de Salas Barbadillo." En Antonio Lorente Medina *et al.* eds. *Homenaje al Profesor José Fradejas Lebrero*. Madrid: UNED, 1993. I vol. 239-62.

Calderón de la Barca, Pedro. *Teatro de Calderón*, ed. García Ramón. Madrid: Librería española de Garnier Hermanos, 1883. IV vol.

Cauz, Francisco A. *La narrativa de Salas Barbadillo*. Santa Fe: Ediciones Colmegna, 1977.

Carbajo Isla, María F. "La inmigración a Madrid (1600-1850)." *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 32 (1985): 67-100.

Domínguez Ortiz, Antonio. *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*. Madrid: Istmo, 1995.

Fuschs, Barbara. *Passing for Spain: Cervantes and the Fictions of Identity*. Champaign: University of Illinois Press, 2003.

García Santo-Tomás, Enrique. *Espacio urbano y creación literaria en el Madrid de Felipe* IV. Madrid: Cátedra, 2008a.

---. "Introducción." En Jerónimo de Salas Barbadillo, *La hija de La Celestina*. Madrid: Cátedra, 2008b.

Lee, Christina H. *The Anxiety of Sameness in Early Modern Spain*. Manchester: Manchester University Press, 2016.

Lozón Urueña, Ignacio. *Madrid capital y corte: usos, costumbres y mentalidades en el siglo XVII*. Madrid: Consejería de Educación, 2004.

Manukyan, Armine. *Estudio y edición crítica de dos obras de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo: El necio bien afortunado y El sagaz Estacio, marido examinado*. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2019.

Piqueras Flores, Manuel. "De las colecciones de novelas cortas a las colecciones de metaficciones: Un análisis de *Fiestas de la boda de la incasable malcasada* de Salas Barbadillo." *eHumanista*, 35 (2017): 454-474.

Reingrose, David R. "Madrid y Castilla (1560-1850): Una capital nacional en una economía regional." *Revista moneda y crédito* 111 (1969): 65-122.

Salas Barbadillo, Alonso Jerónimo de. "*El galán tramposo y pobre*" En *Coronas del Parnaso y Platos de las Musas*. Madrid: Imprenta del Reino, 1635. 250-310.

---. *Fiestas de la boda de la incansable malcasada*. Madrid: Viuda de Cosme Delgado, 1622.

Vicens Vives, J. *Historia social y económica de España y América*, vol. III. Barcelona: Teide, 1957.